



COMO EL SONIDO DE FRAGIL CAMPANITA

Se dice que nos hallamos en la época de la comunicación. Y verdaderamente, ninguna otra ha contado con tantos medios y técnicas para que un suceso o un mensaje se divulguen y lleguen a todos los rincones. Prensa, radio, televisión, ayudados por satélites artificiales y otros ingenios, propagan y difunden palabras é imágenes con una velocidad y extensión jamás soñadas. Al hogar, al apartado lugar de descanso, incluso al lecho de reposo, nos llegan toda clase de noticias, informaciones y juicios, cuando no subrepticias sugerencias é influencias subliminales, en una intromisión desesperante y casi siempre alienadora.

Más ocurre, sin embargo, —extraña paradoja!—, que nunca como ahora estamos tan confusos y perplejos, ni andamos tan despistados y titubeantes; es como si una especie desconocida de enfermedad hubiera atacado nuestra psiquis, haciendo vulnerable la capacidad de raciocinio y, en consecuencia, la estabilidad y firmeza de las convicciones, ideas y creencias. Precisamos de esfuerzos inauditos para elaborar un pensamiento consistente. A semejanza de lo que sucede en nuestro cuerpo cuando falla el mecanismo inmunológico, las defensas se muestran debilitadas para atacar y eliminar todo lo negativo que invade y corroe nuestro intelecto y nuestra personalidad. Vivimos de ideas prefabricadas que nos inyectan como sustitutivas de las que debieran surgir o nacer de nuestra mente.

¿Por qué este fenómeno acontece cuando, en teoría, el auge de la comunicación debiera propiciar una rica vivencia y una actividad intelectual variada?

Lo primero que se descubre, al analizar el hecho, es que la comunicación adolece de un defecto sustancial: la adulteración. Salvo algunos sucesos objetivo físicos, imposibles de distorsionar, la mayoría de las veces la comunicación sólo contiene lo que interesa al comunicante. Existe una manipulación, clara en unos casos, sesgada y encubierta en otros. No se pretende ayudar, promover y perfeccionar al receptor, sino atraerle hacia un determinado clientelismo, incitarle a ciertas acciones, sumirle en una adicción ideológica que lo incapacita para discernir con libertad, al tiempo que merma sus facultades volitivas; no se intenta mejorar al individuo, ni despejarle dudas, ni facilitarle medios de realización, ni guiarle en la búsqueda de luz que le aclare el sentido de su existencia.

Nos encontramos, pues, pese a tantos sofisticados y múltiples instrumentos para comunicar, sumidos en la más deplorable incomunicación; o, mejor, zarandeados por equívocas y falaces comunicaciones que nos impiden abrirnos con generosidad a los demás, al tiempo que nos arrojan a luchas competitivas, con sus secuelas de rencillas odiosas y ruindades. Bombardeados sin pausa por tan bastardeada pseudo-comunicación, nos vamos convirtiendo, poco a poco, en personajes contrahechos, falsos, caricaturescos; en simples muñecos de estúpido guiñol, movidos, eso sí, por telemando, y con palabras é ideas prestadas y grabadas en un cerebro anquilosado. Parece como si existiera la pretensión de tararnos para los nobles ideales, las actuaciones ejemplares y, sobre todo, para defender un concepto de la propia dignidad que se considera "demodé" y caduco.

Pero lo trágico es que cada vez somos más desconocidos para nosotros mismos, gracias a ese gran "bluff" y a una concepción de la cultura superficial, epidérmica, que oculta o difumina a los demás, a quienes conviven alrededor, cuando el descubrimiento de estos otros, la comprensión de sus realidades, son los únicos medios válidos para llegar al conocimiento propio.

Necesitamos un toque de atención, siquiera sea tan leve como el sonido de frágil campanita, porque urge tomar consciencia del hecho y

buscar soluciones. Cuales sean éstas resultará siempre una cuestión difícil y muy personal. Pero hay que señalar —pecando de reiterativos en la idea— que en momentos cruciales, como decía Séneca, la única tabla salvadora es mantenerse firme y defender con ahínco la dignidad de hombre. Y si se goza, además, a semejanza de la que demuestran quienes dan hoy a la luz esta Revista, de una Fé insobornable, mejor aún.

Miguel MOLINA RABASCO.

